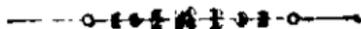

LA

FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.



INTRODUCCION.

Puro y despejado está el cielo; ni una sola nube empaña su diáfano azul; hacia la parte del Oriente se dibuja un hermoso semicírculo donde se encuentra una agradable mezcla de color de oro y rosa; el centro de este semicírculo que tiene por diámetro el horizonte, está lleno de esplendentes ráfagas de luz que poco à poco ván apareciendo mas sensibles. Es el día que nace; es el benéfico sol que infatigable en su carrera, vá à ostentarse en su carroza de nacar trayendo à nuestro hemisferio la vida y la alegría.—La noche huyo despavorida ante la presencia del magnífico luminar del día; y esas sombras que todavía se ven en el Occidente son los crespones de su enlutado ropage que flotan agitados por la precipitacion de su fuga.—Los pájaros saludan al nuevo día con sus trinos, balan los corderillos en el aprisco, y el inocente pastorcillo prepara



su morral y su cayado, mientras el zorro y el lobo corren á ocultar en su guarida los rapaces instintos que les dominan. El cerbatillo salta en el otro cuya menuda yerba ostenta en cada una de sus hojas una gota de rocío semejante á una perla, y la inocente paloma se reúne con sus compañeras para apresurarse á buscar el preciso sustento. —Oyense abrir las puertas y ventanas de las casas de la aldea; de algunas chimeneas se elevan graciosas espirales de humo que van á perderse en la inmensidad del espacio; las campanas recuerdan á los fieles el divino sacrificio, y los labradores se apresuran á comenzar sus tareas agrícolas. —Todo anuncia la vida y el movimiento; y es que el sol con sus rayos dà color y forma á todo lo criado.

Magnífico espectáculo se presenta ante mi vista. Un frondoso valle cubierto de yerba y sombreado por empinados olmos y copudos nogales por entre cuyas hojas penetran á duras penas algunas de las primeras ráfagas de luz. Enormes peñascos cuyas crestras parece tocan á las nubes y cuyas escarpadas rocas son inaccesibles, limitan el valle por un lado: una cuesta de poca elevación y suave como una rampa artificial le termina por el otro. Al ver esta ladera despejada y cubierta de musgo sin que un solo

guijarro se encuentre donde pueda tropezar el pie, se diría que había sido dispuesta para que subiesen niños recién nacidos. Al fin de esta subida vése una meseta de una prodigiosa estension á la cual se llega atravesando un suntuoso pórtico.—En el dintel de esta magnífica portada yace recostado un anciano de venerable aspecto: parece fatigado como quien acaba un largo y penoso trabajo, y en su simpática fisonomía se lee á primera vista la satisfaccion interior de quien cumpliendo con sus deberes ha logrado hacer todo el bien posible á sus semejantes; y á pesar de los muchos años que han encorvado su cuerpo y emblanquecido sus cabelles, á pesar de los sinsabores marcados en cada una de las arrugas de su rostro, el respetable viejo no parece dispuesto á abandonarse al descanso á que le dá derecho su edad, y si ahora yace en la inaccion, es porque se encuentra en uno de sus ratos de solaz.

Dos hermosos niños, de ojos azules y rubia cabellera aparecen en el fondo del valle corriendo y brincando sin direccion como dos inocentes corzos que salen al campo por primera vez. Sus juegos caprichosos y sin forma les hacen caminar de uno á otro lado, como dos retozonas mariposas que buscan el solaz en lo incierto y variado de sus giros.

Al lado izquierdo del valle se despeña un

torrente impetuoso que corre en el fondo de un profundísimo barranco; los bordes perpendiculares de esta peligrosa sima, están desmoronándose continuamente por la acción de las aguas. =; Infeliz del que se colocara á tres pasos del borde del barranco! ¡La tierra se hundiría bajo el peso de sus plantas y le precipitaría consigo á una muerte cierta y horrible! Y sin embargo los dos niños con la candidez pintada en sus rostros de ángel, corren alegres hacia este sitio funesto.

Guay! guay! amables niños, esclama el anciano espantado saliendo de su inacción y bajando precipitadamente la cuestecilla que lo separa del fondo del valle: vosotros no sabéis á cuantos peligros está espuesto el hombre desde que entra en el sendero de la vida. Yo hé pasado muchos años allanando la cuesta que conduce á mi morada; yo hé quitado todos los estorbos donde pudiera tropezar el pie; yo he trabajado porque los senderos estrechos, tortuosos y confusos desapareciesen y se divisase claro el ancho camino que conduce á la cima de la ladera; yo hé prestado mi apoyo y dado la mano á muchos que cómo vosotros corrian inespertos y al azar por el valle; y sin embargo ¡cuantos otros han perecido víctimas de su inespencia en lo profundo de ese precipicio!

El rostro del anciano espresa en este mo-

mento el mas intenso dolor: dos gruesas lágrimas brotan de sus ojos, y marcando un surco húmedo por sus arrugadas mejillas, van á perderse en la espesura de su blanquísima y larga barba.

Los niños conducidos por el anciano han atravesado los pórticos que coronan la cuestecilla, y un estenso y magnífico jardín ostenta á su vista asombrada sus preciosos cambiantes y variados matices.

Es una floresta en que la naturaleza ha juntado cuanto tiene de mas bello y variado, como pudiera un inteligente jardinero juntar en un solo canastillo las flores mas aromáticas y hermosas de su jardín.

ES LA FLORESTA INFANTIL. Cuanto alcanza la vista se vé cubierto de flores de todas clases: multitud de fuentes de caprichosas formas riegan por doquiera este paraíso encantado á cuyo extremo se levanta una magestuosa y ancha escalinata de mármol blanco.

Otro hermosísimo jardín al fin de esta escalera: en este departamento no se vé mas que alguna que otra flor perdida entre la yerba ó entre la espesura de los arbustos; pero en cambio todos los árboles inclinan sus ramas bajo el peso de los frutos, los dorados racimos de la vid se ostentan allado de la hermosa naranja, y la esbelta palmera

del Africa presenta sus dátiles mezclados con las guindas de Europa.

En lontananza grandes y espesos bosques de olivos y laureles hacen que el horizonte aparezca de un color indefinible producido por la estraña mezcla del verde oscuro de los árboles y el azul del firmamento: un gran círculo de luz corta la línea en que parece que el cielo toca á la tierra, y en su centro se distingue claramente un templo formado por ocho columnas que sostienen una elegante cúpula: *es el templo de la inmortalidad.*

Corred, corred, encantadoras criaturas: ved muchos otros niños de vuestra misma edad cruzar alegres la floresta en todas direcciones; impregnad vuestra alma juvenil del precioso aroma que exhalan las flores que os rodean.

El tiempo que paseis en este delicioso sitio no debe ser malgastado; observad algunos que suben la escalera fatigados bajo el peso del enorme ramillete que á fuerza de afanes han conseguido formar. Para estos niños laboriosos, el sitio donde ván á entrar es delicioso: los árboles inclinarán á su paso sus ramas brindándoles con abundantes y sabrosos frutos.—El suelo que pisais no es un arenal estéril é infecundo: dichosos vosotros que para formar el ramillete encontráis en vuestro camino las flores necesarias sin que os cueste

mas trabajo que cojerlas; vuestra desidia no tendria disculpa si despues de haber recorrido las calles de este florido verjel, llegaseis al pie de la escalera sin haber formado vuestro ramo.

A nadie es lleito penetrar en el segundo recinto sin que su espiritu se haya identificado con el aroma de estas flores: los frutos de que abunda son invisibles para aquellos que han atravesado la floresta sin llenar su canastillo.

¿Os hace falta una rosa en vuestra coleccion? Ejercitad vuestra paciencia quitando una à una todas las espinas que las cercan, y de este modo podreis lograrla sin dolores.

¿Quereis un manojito de violetas? Escudriñad con solicitud los sitios mas ocultos y podeis estar seguros de encontrarlas.

Mirad la infatigable abeja que chupa el nectar de las flores: el fin de sus tareas, es un dulcísimo panal. Tras la flor está el fruto; tras el trabajo está la felicidad.

Corred, corred, encantadoras criaturas: las flores exhalan su mas esquisito aroma bajo la influencia de un sol naciente; las primeras horas de la mañana son las mas apropósito para cojerlas.— Vosotros estais en la mañana de la vida, apresuraos no sea que llegue el sol à su cenit y las balleis ya lácias y marchitas.

Corred: cuando hayais colocado muchas

flores en vuestro canastillo, podeis subir alegres por esa magnífica escalera y vereis que el segundo jardín no tiene límites puesto que es tan grande como el mundo: entonces podreis cruzarlo en todas direcciones con la seguridad de que cada una de las flores que aquí habreis recogido, os producirá un sabroso fruto, capaz de satisfacer vuestra mas urgente necesidad.

Corred, corred; y no olvideis que en subiendo la escalera, cada uno es considerado segun la magnitud de su ramillete, y que os será necesario ir continuamente sembrando flores en vuestro camino: recoged abundantes ahora que teneis ocasion no sea que lleguen á faltaros.

Corred; y si lograis cruzar la vida dejando en pos alfombrado el camino con vuestras flores, su fragancia se dejará sentir aun despues de vuestros dias; y entonces elevándoos sobre la generalidad de los hombres, ireis á ocupar un lugar en aquel magestuoso templo que se divisa en lontananza y ceñirá vuestra frente el laurel de los inmortales.

.....
Así habló el viejo jardinero á los dos niños antes de atravesar las puertas de LA FLORESTA.

La familia de D. Luciano.

D. Luciano H. que había servido en las filas de la patria durante la terrible lucha en que tan bizárramente supo sostener nuestra nación su independencia, había tomado su retiro siendo coronel efectivo en 1810; y al lado de una esposa dulce y amable, vivía en Zaragoza feliz y satisfecho de sí mismo, porque durante su carrera militar no había ejecutado una sola acción de que pudiera avergonzarse. Joven todavía, abandonó el servicio por cierto asunto en que su honor estaba interesado, y à pesar de las reiteradas instancias de su general, que, como todo el mundo le quería muchísimo, no quiso retirar su dimisión que al fin le fué aceptada. ?

A los cinco años de su matrimonio, tenía D. Luciano tres hermosos niños; Luis, Enrique y Adela: los dos primeros formaban las ilusiones del buen militar que en su paternal entusiasmo los miraban como dos futuros generales, y se congratulaba de pensar que algún día podrían ser útiles à su patria y sostener sus derechos con la espada. Adela no era por eso menos querida; pues aunque mujer y por consiguiente nada à propósito pa-

ra seguir la misma senda que en su mente trazara D. Luciano á Luis y á Enrique, la miraba estasiado; en sus gracias infantiles entreveía una belleza nada comun, y se prometía que andando el tiempo llegaría á ser el modelo de su sexo.

D.^a Eulalia que apenas contaria 28 años, era la madre de estos niños á quienes queria entrañablemente, de manera que no tenia otros goces que el amor de su marido y las caricias de los hijos; y estos por su parte no se encontraban satisfechos sino al lado de su madre.

En la época á que nos referimos contaban ya, Luis 9 años, 8 Enrique y 6 Adela, y cada dia descubrian en ellos sus padres nuevas cualidades que acrecentaban su cariño. Toda la felicidad imaginable se notaba en el semblante de ambos esposos á quienes nada faltaba de cuanto es preciso para vivir, puesto que el sueldo de D. Luciano y el patrimonio de D.^a Eulalia, pingüe de suyo y acrecentado con la herencia de una tia suya, les ponía en estado de subvenir á todas las exigencias de la vida y aun del lujo. Tenian sin embargo, otra cosa que, mas que las riquezas, los hacia envidiables: la tranquilidad de conciencia, la paz del alma, que no se adquiere sino cuando no se ha cometido una sola accion mala; de manera que podemos asegurar que, D. Luciano y

D.^a Eulalia, eran felices cuanto pueden serlo dos seres en este mundo.

Sin embargo de toda su riqueza, la vida de esta familia era sencilla aunque decorosa.

D.^a Eulafia aborrecia por conviccion el fausto y la opulencia, y decia muchas veces que no usaria coche mientras viese hombres que no tenian zapatos, y que no se perdonaria nunca el gastar en un dige de piedras preciosas el dinero que bastaria para dotar diez huérfanas.

No menos filantrópico y humanitario era D. Luciano, y muchas noches salia de casa disfrazado y llevaba el consuelo á muchas familias, cuya miseria averiguaba y de cuya honradez estaba seguro.

Avezados los niños con estas ideas, y teniendo siempre á la vista tan bellos ejemplos, no hay que decir si serian inclinados al bien y si profesarian la caridad.

En las frescas mañanas de la primavera, salian á paseo los niños en compañía de sus padres ó iban á una hermosa quinta de su propiedad donde crecian con abundancia las mas hermosas y perfumadas flores. Corrian, saltaban y jugaban por los espaciosos andadores, y concluian siempre por registrar cuidadosamente todos los cuadros y acirates en busca de las mas bellas flores de las que fabricaban ramos que regalaban á sus padres. Estos aprovechaban el tiempo en pasear, ó

bien sentados hablaban, concluyendo por fin con elevar su espíritu hacia el Omnipotente y darle gracias por la inefable felicidad que les deparaba.

En las largas veladas de invierno, el padre leía ó contaba alguna interesante historia á los niños, mientras D.^a Eulalia se entretenía en hacer hilas que regalaban al hospital todos los años el día de viernes de dolores.

II.

Era una tarde del mes de Setiembre, época en que ni sofoca el calor del verano ni el frío del invierno es tal que molesta: en un cuartito de la casa de D. Luciano se oía grande algazara. Luis, Enrique y Adela acababan de salir de la escuela, y su cariñosa madre despues de haber estampado un ósculo en la frente de cada uno, les habia dado un hermoso melocoton y un trozo de pan con cuyas provisiones se retiraron á su cuarto á merendar. Despues que cada uno hubo concluido su racion, empezaron á correr y saltar alegres como quien ha cumplido todas sus obligaciones: á poco rato se sentaron fatigados de aquel egercicio violento y empezaron á hablar.

· DIGAMOS SU CONVERSACION.

Pues yo no creo, decía Luis, que los objetos se aumenten mirándolos á través de un vidrio.

—Pues mira el señor maestro nos lo ha dicho, contestó Enrique, y debemos creerlo, porque lo contrario seria dudar de su veracidad y ya sabes que nunca nos ha engañado.

—Yo bien quisiera no dudar, pero confieso que se me resiste, y por mucho que discurro no puedo dar con razones que me convenzan.

—Sin embargo no te quepa ninguna duda, cuando el maestro lo ha dicho será cierto; ¿qué interés podria tener en engañarnos? Yo no quiero cansarme en discurrir sino que lo creo y me basta.

—Tu no pasaras de ser siempre un indolente que prefieres, no trabajar al gusto que proporciona el saber ciertas cosas; por eso el papá te dice que no le gusta como aprendes las lecciones.

—Todos los dias la doy sin punto; no como tu que á cada paso tropiezas y muchas veces usas otras palabras en vez de decir las que hay en el libro.

—Pues eso precisamente es lo que quiere papá, y cualquiera que te oiga relatar tu leccion, dirá que sabes perfectamente las palabras sin entender lo que significan.

—Veamos: ya que dices que no discorro, ¿a que no aciertas el medio que he pensado para salir de dudas y convencernos de si el maestro nos ha engañado?

—Confieso que no me ocurre otro que preguntarle mañana cuando vayamos á la escuela.

—Una carcajada franca y sonora fué la contestacion de Enrique. ¿Conque no te ocurre otro? le dijo.

—Nó me ocurre vaya ¿y qué tiene de particular eso para que te rías y me ofendas con tus burlas?

—Perdona hermano mio, no he querido ofenderte; pero verás que pronto te saco del apuro.

—Cómo? dijo prontamente Luis.

—Probándolo.

—Es verdad, pero no tenemos un vidrio.

Adelita que habia estado callando durante este diálogo, tomó parte en la conversacion diciendo: la ventana tiene muchos vidrios, pero mamá se enfadaria si los arrancásemos.

—¡Oh! exclamó Luis, tiene razon, y no habia pensado en ello, si no hay necesidad de arrancar los vidrios; cerremos las maderas dejando abiertos los postigos, y examinemos si los árboles del jardin nos parecen mayores. Los tres niños se dirigieron corriendo á la ventana.

—Yo pondré detrás del cristal mi pelota, decía Enrique.

—No señor, para eso mejor es mirar al canario cuya jaula está colgada à la parte de afuera.

Yo querria que fuese cierto lo que dice vuestro maestro, decía Adela, para tener ocasion de ver un canario muy grande.

Los tres niños estaban junto à la ventana que acababan de cerrar, hecho lo cual fijaron toda su atencion en los objetos que à travès de los vidrios se ofrecian à su vista.

Despues de un buen rato de observacion durante el cual habian estado mudos, dijo Luis:

—Yo veo lo mismo que sino hubiera cristal, ¿y tu Enrique?

—Yo tambien: ¿ves el rosal que hay junto à la tapia? pues si te digo la verdad aun me parece mas pequeño.

—À mi no me parece mas pequeño, pero sí absolutamente igual. Mira el tio Gerardo que riega aquella dalia.

—Ya lo veo, dijo Adela, pero no es mas grande, ni el emparrado tampoco, ni el canario; ¡qué lástima!, yo que pensaba ver un canario como una gallina.

—Es verdad, decía Enrique; que hermosa sería una gallina del color de los canarios.

—¡Và! exclamó Luis apartándose, ya decía yo que no podia ser, ¿qué tiene que ver un

vidrio para hacer grandes ó pequeños los objetos? Lo que siento es que mientras el maestro lo decía, me he llagado á figurar que era cierto, y es bien triste que se valga de nuestra poca experiencia para engañarnos.

—Es que, observo Enrique, tal vez no nos haya engañado; pues no ha dicho que se debía mirar por un vidrio de ventana, y solo sí que un objeto aparece algunas veces mucho mas grande mirado á través de un vidrio, y puede suceder que consista en los vidrios; y ahora que me acuerdo ¿has visto que D. Felipe, el amigo de papá que viene á casa todas las noches, lleva anteojos que se pone cuando tiene necesidad de leer?

El otro dia interrumpió Adela; se los dejó olvidados sobre la chimenea.

—Tienes razon Enrique; pero eso será solo por gusto y yo á mi prueba apelo; ya ves que tan grandes hemos visto los objetos con cristal como sin él; sabes lo que será, que nuestro maestro ha querido probar nuestra credulidad y repito que el engañarnos asi es una cosa cruel.

Y yo que le creía tan de veras en todo lo que nos ha dicho hasta ahora replicó tristemente Enrique, que, apesar suyo, iba cediendo ante la inflexible lógica de su hermano.

—Pues mira desde hoy no debemos creer

nada de lo que nos diga hasta que la experiencia nos pruebe que es cierto.

—Entonces desobedecerémos al papá que nos manda que creamos todo lo que el maestro nos dice.

—Sí, pero el papá no querrá que nadie se ría de nosotros, y por consiguiente nada veo de malo en que esperemos á probar si lo que el maestro nos dice es cierto para que podamos creerlo con toda seguridad.

—Todo el diálogo precedente habia sido escuchado por D. Luciano, que, dispuesto para salir á paseo se detuvo á observar junto á la puerta, sobre qué versaria una discusion tan animada entre los hijos, á quienes llamó y llevó consigo á dar unas vueltas por el jardín.

III.

El aposento destinado al recreo de los niños era una sala bastante espaciosa, y en uno de los frentes tenia una alcoba y un pequeño gabinete que empleaban los niños en pieza de estudio.

Una mesita, en la que campeaban algunos libros y papeles sueltos, provista de una pequeña escribanía y un vade, con algunas sillas componian todo el menage.

Aquel pequeño gabinete sirvió de pajarc-

ra à D. Luciano hasta que la necesidad de dar à sus hijos un aposento para tener libros y hacer la vela todas las noches, le hizo mudar de sitio sus pájaros. Por esta razon tenia en la puerta un ventanillo con el objeto de ver revolotear los canarios y observar si les faltaba agua ú otra cosa.

D. Luciano dejó à los niños en el aposento de su madre y entró en su cuarto despues de haber encargado à Luis que por via de velada leyese en alta voz un pasage de la Biblia que despues explicaria D.^a Eulalia.

A poco rato salió de su cuarto con una caja en la mano que tendria como un decímetro cúbico, y un capacito que contenia clavos y algunas herramientas de carpintero; cruzó un largo corredor y precedido de un criado que llevaba en la mano una luz, entró en la sala destinada al recreo de los niños cuya puerta cerró dando una vuelta doble à la llave, despues de haber despedido al criado que le acompañaba.

Cosa de media hora estaria encerrado, y despues de este tiempo salió à oscuras y sin llamar para que le alumbrasen: entró en la habitacion donde los niños estaban escuchando con placer la explicacion que su mamá les hacia de lo que Luis habia leído, y luego se pusieron à cenar.

Pasado algun rato despues que hubieron

cenado, Luis y Enrique tomaron su luz, y recibida la bendición paterna, se dirigieron á su aposento.

Por el pasillo iba diciendo el primero: yo tengo que estudiar aunque no sea mas que un cuarto de hora, porque sino la lección de geografía que toca mañana quedaría sin aprender y el señor maestro me reprendería con razón.

Yo también necesito repasar un poco la gramática, con que entraremos un ratito al estudio y después nos acostaremos.

Entraron en la habitación y se dirigieron en derechura á la puerta del gabinete, pero observaron con sorpresa que estaba cerrada.

Sin duda se ha llevado la llave papá, dijo Enrique; pues ya te acuerdas que nos ha dicho que esta noche no había velada.

Es que hay gente dentro porque sale alguna luz por el ventanillo, observó Luis: voy á asomarme á ver quien hay.

¡Oh! exclamó asombrado, este no parece el mismo cuarto, hay una mesa grandísima y los papeles son como pliegos de dibujo.

Déjame ver hermano mío, dijo Enrique: es verdad, y aquellas plumas parecen gruesas como cañas: también veo los libros; desde aquí se leen perfectamente las letras del tomo de nuestra historia de España, ¡sí es un tomo tan grande como la Biblia!

Apártate un poco para que mire yo, le interrumpió Luis aguijado por la curiosidad.

¡Enrique! ¡Enrique! exclamó despues que se hubo aproximado al ventanillo; á mi me parecen las mismas cosas, pero todo ello es muy grande, el gabinete es inmenso; esto no es natural hermano mio, porque se vé el cuarto iluminado y no se ven, ni bugias, ni belones, ni otra cosa de dondé pueda provenir esa luz; yo empiezo á sobresaltarme.

Tienes razon, mas vale que llamemos á papá porque me da miedo eso que dices, y pudiera ser que ese cuarto esté encantado.

Eso no, porque muchas veces nos ha dicho el maestro que no creamos en los encantamientos, pero ello es lo cierto que tiene algo de extraordinario.

El pobre Enrique temblaba como un azogado, y Luis, aunque en su interior sentia la misma zozobra, procuraba no obstante hacerse superior al miedo, y para alentar á su hermano exclamó: Voy á mirar mucho rato hasta que me cerciore de lo que puede ser; y esto diciendo se aproximó al ventanillo.

En aquel momento sus pies tropezaron en una silla que dió contra la puerta ocasionando un pequeño ruido: un terrible animal saltó sobre la mesa, y con el rabo erizado y arqueando el lomo, se puso á mayar de un

modo espantoso como cuando un gato se encuentra encerrado.

¡Es un tigre!... ¡es un tigre!... exclamó espantado el niño retirándose prontamente: ¡huyamos hermano mio, que nos va á devorar si logra romper la puerta con sus uñas! ¡He visto sus ojos relucientes como dos carbones! continuaba corriendo.

Enrique tenia en la mano el velon, pero se apoderó de su espíritu un pánico tan grande, que lo dejó caer quedando la habitacion en la mas profunda oscuridad.

En situacion tan crítica no supieron hacer mas que llorar amargamente llamando á sus padres con voz angustiada.

Qué os sucede hijos míos? preguntó D. Luciano entrando: ¿cual es la causa de vuestros gritos?

Luis no contestaba mas que, ¡un tigre!... ¡un tigre...! y sollozaba sin poder contenerse.

Serénate querido mio, y cuéntame tus culpas: yo estoy aqui para defenderte, nada temas decia el cariñoso padre colocando á sus hijos sobre las rodillas.

Los niños repuestos ya casi enteramente, contaron á D. Luciano cuanto habian visto por el ventanillo del gabinete, ponderando sobre todo la fiereza del tigre que parecia dispuesto á lanzarse sobre la puerta, romperla y devorarlos.

D. Luciano sonriéndose afablemente, empezó á hablar á los niños diciéndoles; que el miedo hace ver cosas que no existen, que no habia semejante tigre, y para que os convenzais de ello añadió, yo mismo voy á abrir la puerta del gabinete y entraremos todos.

Efectivamente, abrió la puerta y entró llevando un niño agarrado con cada mano. Cuál fué su sorpresa al observar todos los objetos en su sitio sin que absolutamente hubiesen variado de tamaño, se concibe fácilmente.

Papá, exclamó Luis: yo estoy seguro de que la mesa, los papeles, los libros y todo lo que habia encima de la mesa era mas grande.

Yo tambien he visto lo mismo repitió Enrique.

Nunca han sido mas grandes, dijo el padre, sino que vosotros los veiais á traves de un vidrio; mirad al ventanillo y os convencereis de lo que os digo.

Efectivamente, dijeron despues de acercarse y observar el cristal que habia colocado en la puerta; pero esta misma tarde, dijo Enrique hemos estado hablando de eso; hemos probado á mirar por los vidrios de la ventana y no se ha verificado el engrandecimiento de los objetos.

Porque el cristal de la ventana es perfectamente plano, y deben ser cristales convexos convexos para que tenga lugar el fenómeno.

Si, pero y el tigre, interrumpió Enrique, que no estaba completamente convencido.

—El tigre no era otra cosa que el gato á quien tantas caricias haceis, que, habiéndose quedado encerrado, se enfadaba de estar solo, y habiendo oido ruido á la parte de afuera mayaba para que le abriesen. ¿No lo habeis visto salir en el momento en que he abierto la puerta?

Mira, Luis, dijo cándidamente Enrique, ¡y nosotros que hemos creido que el maestro nos engañaba!

Nunca debeis fiaros hijos míos, de vuestra propia experiencia, porque seis muy jóvenes y por consiguiente os falta mucho que aprender, ó mejor dicho lo ignorais casi todo; por consiguiente debeis tener entera confianza en todo lo que os digan las personas encargadas de ilustrar vuestro entendimiento; pues sus estudios y sus años les dan derecho á que sus palabras sean creidas. Yo os quiero mucho y debeis suponer que no encargaria vuestra educacion á personas que pudieran daros ideas falsas; y mucho menos engañaros por burlarse de vuestra credulidad. El maestro, queridos, dice siempre bien, porque no se espondrá á aseguraros una cosa de que no le conste su certeza. ¿Adónde iríamos á parar si los niños dudasen de la veracidad de su maestro? Su desconfianza haria que

nada aprendiensen, y en su consecuencia serian todos ignorantes.

Yo he oido vuestra conversacion de esta tarde, y he preparado lo necesario para poder alejar de vosotros una duda, que si se hubiese arraigado en vuestro corazon, era suficiente para haceros infelices y destruir el buen porvenir que os espera.

Convenceos hoy para siempre de que si yo os quiero mucho, no es menos el cariño que vuestro maestro os profesa, y estad en la persuasion de que todo lo que ambos hagamos, es en obsequio de vuestro bien; y puesto que tan cruelmente le habeis ofendido dudando de su veracidad, espero que le confesareis francamente vuestra falta, solicitando un perdon que estoy seguro no os negará si mostrais verdadero arrepentimiento.

Ahora, queridos míos, os podeis acostar porque ya es tarde; por lo cual no os doy una explicacion clara de los fenómenos que se observan en la luz al pasar al traves de algunos cuerpos; pero os prometo hacerlo otro dia para que os convenzais de lo mucho que teneis que aprender si habeis de llegar à ser hombres de provecho: Entretanto la saludable leccion que acabais de recibir hará que en adelante no juzgueis las cosas tan de ligero y mucho menos podais dudar un solo momento de lo que el Sr. maestro os diga.

UN TIO EN INDIAS.

Evaristo y Simon, niños hermosos
de una madre nacidos,
ambos á dos de diez años cumplidos,
de la escuela salieron una tarde
de alegría infantil haciendo alarde.

Evaristo decia:

—Matarse de estudiar, ¡qué tontería!
Seré rico, Simon, y con dinero
podré ser un cumplido caballero;
y aunque mucho derroche
mientras viva, podré pasear en coche:
bien ves que nuestro tío
el de las indias, á quien llaman Creso,
nos quiere con esceso,
y al morir con su hacienda y sus caudales
en riquezas y lujo, hermano mio,
no encontraremos en el mundo iguales.

—Pues yo al estudio con afan me aplico,
Dijo á Evaristo su prudente hermano,
y en él confio para hacerme rico.

Nuestro tío es el dueño
único y exclusivo de su hacienda:
ya la aumente ó la venda
permite que te diga que es un sueño
pensar hacer en su conducta enmienda.
Nuestros padres son pobres, Evaristo,

y si nos dan educacion brillante,
es por que nuestro tio
les envia dinero á cada instante;
por eso, hermano, insisto
en que tomemos el estudio á pecho
y seamos dos hombres de provecho.

Estos dos hermanitos
de sentir tan opuesto,
aunque mecidos en la misma cuna,
tuvieron, por supuesto,
andando el tiempo desigual fortuna:

Mientras Simon las ciencias recorria,
con un afan y acierto sin segundo
Evaristo reia
gozando las delicias del gran mundo.
Simon cumpli6 los veinte y cinco abril
y era ya un ingeniero de valia,
y todos á torfia
le encargaban sus obras y sus planos
ganando tantos miles
cuantos bastaban á contar sus manos.

Evaristo ¡infeliz! nada tenia,
y esperaba con ansia un dia hermoso
en que el tio de indias falleciera,
y por siempre dichoso
con su inmenso caudal por fin le hiciera.

El tio muri6 al fin, mas ¡triste suerte!
mucho antes de su muerte
habiase casado y tuvo un hijo
á quien queria con afan prolijo:

dejóle de sus bienes heredero
y á su holgazan sobrino, ni un dinero.

*Quien fia en bienes de dominio extraño
siempre recibe amargo un desengaño.*

Juegos infantiles.

EL VOLANTE.

El volante es juego de todos tiempos y de todos los países y ha llegado á merecer grande aceptacion en algunos pueblos puesto que á esta diversion se entregaban las personas mas calificadas. Los franceses y los ingleses sobre todo, han perfeccionado hasta el último extremo los utensilios necesarios para este juego en el que no se desdeñaban de ocuparse los hijos de los reyes y aun los mismos soberanos. En España ha tenido tambien su época, y los hijos de las familias mas nobles, se han entregado á él con afán.

No es nuestro objeto trazar la historia del juego ni menos describir minuciosamente las altas y bajas que ha tenido, porque de esto ningun provecho sacarian nuestros jóvenes lectores: nos contentaremos por consiguiente con darles á conocer en qué consiste, para que

puedan si gustan utilizarlo para su diversion.

Es conocido bajo diversos nombres segun las varias provincias; pero los mas generales son el volante, la raqueta y el repullo. Cuando dos niños desean entregarse á esta diversion, se proveen en primer lugar cada uno de una pala de madera fuerte y ligera á la vez, á la cual pueden darse la forma de un octógono, un cuadrado ú otra; pero las mas cómodas son circulares ú ovaladas con su correspondiente manillera, que, si es de la última forma, arranca de su parte mas estrecha. La raqueta es tambien un instrumento que se necesita y que los mismos niños fabrican con un trocito de sarmiento de unos 25 centímetros ó sean tres dedos de longitud, cuidando de que un nudo del sarmiento constituya una de sus estremidades: en la otra se clavan en la parte blanda ó sea en la médula del sarmiento tres ó cuatro plumitas de las mas pequeñas entre las largas del ala de una gallina, colocando la parte curva hacia fuera, de modo que formen un pequeño y simétrico plumero, y en medio de las plumas se clava tambien una estaquilla con el objeto de que queden apretadas y seguras al sarmiento.

Estos utensilios son preferibles á los que venden en las tiendas; pues aunque es cierto que las palas son un enrejado de cuerdas de guitarra ó listas de goma y por consiguien-

te tienen la ventaja de ser mas elásticas y mas á propósito, y las raquetas son tambien unas esferitas de goma ó de cuero á manera de una pelota pequeña, cuestan bastante dinero y los niños consiguen con las primeras el doble placer de divertirse lo mismo sin gasto alguno, y de que si una raqueta se les rompe ó se les cuelga pueden inmediatamente proveerse de otras. Ademas la fabricacion de un instrumento, por simple que sea, dá idea de industria y el niño industrioso tiene un mérito mas á los ojos de todos.

Quédense pues las palas y raquetas de lujo para los hombres que quieren jugar un partido formal, y vosotros, amables lectores, armaos de vuestra pala de nogal ó de haya y vuestro volante de sarmiento, y estad seguros de que os divertireis tanto como si hubieseis hecho gastar á vuestros padres el dinero que necesitan para daros educacion, ó si les sobrare para hacer una buena obra.

En el sitio destinado que puede ser un gran salon, una plaza, un patio enarenado ó una pradera llana, se toma una distancia de doce pasos ó mas segun las fuerzas de los jugadores, y en cada lado se traza una línea recta que se llama de salida, y otra en medio de la distancia que es el resto.

Todos los niños que van á interesarse en el juego se dividen en dos bandos, teniendo

en cuenta la habilidad y fuerzas de cada uno, y cuidando de que ambos partidos estén equilibrados á fin de que la partida sea reñida y el triunfo glorioso. Cada bando se coloca en una de las líneas extremas y, fijado el número de tantos que constituyen la partida, que regularmente son 100, se empieza el juego lanzando el volante por uno de los niños del bando á quien la suerte ha favorecido, dándole el derecho de salida. Es condición precisa que el volante pase de la línea de resto perdiendo un tanto en otro caso. Cualquiera de los niños del bando contrario, puede recibir y devolver la raqueta con su pala y sucesivamente es lanzada y devuelta hasta que cae en el suelo, en cuyo caso el tanto es del partido del último niño que la jugó, á menos que, como hemos dicho, no caiga sin pasar el resto.

Se continuará.

EGERCICIOS

PARA EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA.

Deseamos publicar los nombres de los niños que hayan ejecutado alguno de los ejercicios que ponemos á continuación, tanto para recompensar sus tareas intelectuales

como para estimular á los demas á que se ocupen en tan útiles faenas; por consiguiente, esperamos que los que se hallen en tal caso se servirán dirigir sus trabajos en carta franca á D. Desiderio Lázaro, Administrador del periódico, calle de la Enseñanza n. 7.

CHARADA.

 Mi primera es consonante
del alfabeto español;
y si á la cuarta la juntas
sabrás donde ahora estoy.

 Con la tercera en las fuentes.
La hallarás con precision,
y si hago lo que te dicen
segunda y tereia lector
bien puedes con justa causa
llamarme animal feroz.

 Segunda y última juntas
de gozar indicio son:
y por fin junta mis cuatro
y encontrarás una voz
adjetivo, por mas señas,
de maternal condicion.

Analisis gramatical y lógico.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos, y así dice, que apartándose un poco de ellos el del bosque dijo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos, y vivimos, Sr. mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes.

CERVANTES.

Problemas de aritmética.

Hallar un número que multiplicado por 84; dividiendo su producto por 4 y restando el cociente de 474, dé por resultado 3965.

Se desea saber cuanto dinero necesita almes un fabricante que tiene cincuenta operarios, de los cuales 9. ganan á 6 rs., 5 á 7 rs., 16 á 8 rs. $\frac{3}{4}$, y los restantes á 40 rs. diarios.

ZARAGOZA.

Imprenta del Instructor, á cargo de Santiago Ballés.

Arco de Cineja, n. 66.—1855